

Nuevas Memorias de Mambruno

30 JULIO

Todos los días, al levantarse, Mambruno se arrodilla interiormente con el corazón, y ruega a Dios no ser más inteligente, ni más creador, sino más bueno, más abierto, más comprensivo, más humano.

Porque Mambruno es enemigo de toda violencia, de actos, de palabras y aún ni siquiera escrita. Amar es comprender. Igual que el árbol, su copa cobija a toda sombra humana.

3 DE AGOSTO

Mambruno ha estado leyendo todo el día; esta noche, después de cenar se ha preguntado a sí mismo: ¿Merece la pena escribir? ¿Para quién se escribe? ¿Para qué?

El acto de escribir hay que concebirlo como una liberación o como un sacrificio, es decir, o bien un no sé qué impulsa al espíritu a realizarse, lo que se llama vocación, o bien se escribe por darse a los demás, por donarse, para que puedan utilizar nuestra experiencia personal, en suma; se escribe por liberar a los otros y por liberarnos, todo lo demás se nos da por añadidura.

4 DE AGOSTO

Esta es la sexta vez que Mambruno viene a Soria, la ciudad y el paisaje le atraen, aunque el paisaje tal vez le resulte demasiado agreste y bravío, de una tonalidad intensa, sí, Mambruno prefiere las colinas amarillentas, lomas desnudas y páramos azulados del paisaje de Burgos, de una coloración más gris, más fina y esencial.

La mañana es limpia, de una claridad azul, muy de verano en Castilla. Apenas llega a Soria, después de tomar café, Mambruno se encamina a través de un sendero orlado de álamos gigantescos y de altos chopos verdes y rumorosos, a la gruta de San Saturio. Por debajo corre el Duero,

ancho y caudaloso, centelleante de luz, tembloroso de verdín. Es como un espejo natural en donde se mirara el paisaje. Contemplado desde los balcones de San Saturio, el Duero se desliza todo sumergido en verdor, entre rocas de plata, a veces rojizas, otras bermejas. El rojizo es el tono característico de la ciudad, como a Burgos el gris o a Salamanca el amarillo, un amarillo aúreo. Desde lo alto del Mirón se divisa el rojo desparramado de los tejados sorianos, cubiertos de verdor en ocasiones, tienen un no sé qué de caprichoso y pintoresco. Desde el Espino, Soria es otra, de un color distinto, se suaviza el rojo, se vuelve un violeta de melancolía.

Soria, desde el Castillo, es una visión inolvidable. Abajo, diminuto y plateado, el Duero, entre chopos, tejados rojos y verdor. Lejos, el azul del Moncayo y rocas, rocas cósmica y cárdenamente extendidas, dispersas, en torno a la ciudad. Allá, piedras ruinosas, lejanas, Numancia, cuna heroica de España. Detrás, Urbión, todo nevado, y envuelto en un halo azul, entre nubecillas blancas.

Es Soria rojiza y románica. La piedra roja campea en las casas, en los viejos palacios, en los escudos heráldicos y en las iglesias. Pero Soria es ensoñación a la orilla del río; cruzado el puente, el verdor romántico y umbroso de las ruinas de San Juan del Duero acoge a Mambruno.

¡Cómo no imaginar allí a Gustavo Adolfo Bécquer, echado en la hierba, leyendo, meditando, dando vuelta a su imaginación, entre álamos, chopos, rumor de viento y verde hiedra entrelazada! Lugar propicio para soñar, para descansar. Por la otra orilla, hacia San Saturio, la sombra lenta y enamorada de Antonio Machado; nadie como él ha comulgado con la naturaleza que domina a la ciudad, nadie como él ha buceado en su alma vieja y recóndita, nadie ha entrevisto como él una mágica Soria primaveral.

Mambruno vaga hoy por Soria y sueña como ellos, y penetra en la visión soriana, tan opuesta, aún sólo en la melancolía, de estos dos andaluces desterrados, siempre añorantes de una Sevilla de luz, por más que don Antonio haya dicho lo contrario a veces cuando el corazón le traicionaba.

8 SEPTIEMBRE

Ha leído Mambruno por tercera vez los «Cantos de Maldoror» del Conde de Lautremont. Lo ha leído a sorbos, con lentitud. Hay que reconocer que la originalidad de este libro es enorme. Isidoro Ducasse era un hambriento de divinidad, un obseso, un niño terrible que siente correrle por las venas el escalofrío de un miedo pavoroso. Dios no le oía, no podía oírle. Y, él, pobre y diabólico Isidoro, delirante imaginativo, lanza palabras alucinantes, feas o siniestras, contra su Creador, contra el hombre, su se-

mejante, que tampoco le oye y lo que es peor no le entiende. Porque ningún hombre comprende a otro totalmente.

¿Será Lautremont, ese vagabundo misterioso, que camina trabajosamente, en tanto resuenan sus pesados zapatos en los adoquines húmedos (hace poco ha estado lloviendo) de una encrucijada tortuosa del viejo Paris? ¿Será este joven solitario, enfebrecido, de rebeldes cabellos, que, visionariamente, ha entrevisto de pronto a una lámpara y un ángel formando un mismo cuerpo?

Lautremont vive en el quinto piso de una casa de Paris. Está escribiendo desde hace mucho tiempo, escribe sobre su mesa de trabajo, al lado, apilados y polvorientos, un montón de manuscritos. Se para de pronto, alza la pluma, y oye como un ruido casi imperceptible que lo produjera un ángel oculto en la pared, se acuerda entonces de su enfermedad, que le excluye, que le vuelve maldito entre los hombres, y empuña de nuevo con rabia la pluma, y escribe, con amarga saña, en su intento de liberarse del sufrimiento, la razón se desvanece e Isidoro vive en el reino arrebatado, tremendo, sin confines, de la imaginación. Sí, escribe, única e incendiariamente, porque un torrente de metal rojo arde por sus venas, se encara con su Creador (imaginativamente así lo cree), y noche tras noche obliga a sus ojos lívidos, a través de los cristales de la ventana, a clavarse en las estrellas. Así hasta la aurora. Su tensa voluntad de escritor se opone a esa pesadilla que se oculta en los rincones fosfóricos de la sombra, no se deja vencer por la fiebre que palpa su rostro con su muñón de animal impuro, que le amenaza con su garra ensangrentada. Y llega la aurora, sí, una aurora de anís y rostro amoratado, y lo encuentra en la misma postura.

Después, ya amanecido, cae en el lecho, y los sueños se apoderan de su cerebro. De pronto, una araña tentacular saca la cabeza de un agujero abierto en el suelo, en un ángulo de la habitación, sube por el lecho, a través de las sábanas, aprieta la garganta de Isidoro con sus patas membranosas y le chupa dulcemente el abdomen. Ronda por su frente pálida un sueño pavoroso, ese gran pánico que es para él la vida se apodera de su imaginación. Suena un chasquido, y del vientre de la araña salen dos adolescentes desnudos, uno azul y otro amarillo, empuñan sendas espadas de oro, vívidas, heridoras, relucientes y suben en el caballo de la imaginación y trotando por el camino del sueño se abandona el conde maldito a los delirios de la crueldad.

9 SEPTIEMBRE

Ha recorrido Mambruno una vez más el monasterio de Las Huelgas. Estuvo detenido gozando del sosiego de Las Claustrillas. Es un patio con flores, sol y rumor de agua en el centro. En torno, arcadas abiertas y sen-

cillas, con columnas adosadas y capiteles con figuras. Pero lo que maravilla allí es el silencio. Puro lugar de contemplación, en Las Claustrillas, se pueden desgranar las horas, atenta el alma a las cosas naturales: hierba, piedra, luz, agua, todo lo que es eterno y eterniza con su contacto y ha cuajado en este silencio y ha plasmado en este sosiego de tal manera que acaba el hombre olvidándose de sí.

16 SEPTIEMBRE

Hoy Mambruno se siente cansado, sin ganas de escribir, pero como es necesario llenar con algo nuestra soledad, ese vacío de las horas neutras, ha cogido pues un libro de la estantería de su biblioteca y se ha puesto a leer. Se ha sentado en su sillón, y ya bajo la lámpara le esperaba ese amigo silencioso, que es siempre el autor de un libro, y ha comenzado el diálogo, es decir, ese desdoblamiento del propio yo, que constituye el fondo de toda lectura. Por un momento, después de una hora larga de lectura, Mambruno ha dejado de leer, y ha fijado los ojos en una acuarela de Eduardo Vicente. En ella, como en el libro que estaba leyendo vibra un alma también. Se ve una calle de París, entre azulada y grisácea. Una casa de varios pisos, entre ocre y gris. Un muro, una pareja estrechamente abrazada en la esquina, un poco más allá, sólo unos pasos, y un hombre camina indiferente. En la otra esquina, solitaria, junto a la pared, una farola. Difuminado, casi aéreo, un árbol emerge por encima de un muro blanco. La calle toda se organiza en misterio y lejanía, en penumbra de atardecer, ya casi anochecido.

Advierte Mambruno las tintas delicadas y cristalinas, en las que vibra, flotando en el ambiente lumínico del gris, el alma de París.

21 SEPTIEMBRE

Otoño, estación preferida, y un día plácido, dorado y azul.

Mambruno pasea por la Avenida de los Alamos Plateados. Un macizo de rosas y en la orilla derecha hacia el río, la fronda plateada de los álamos. Al fondo, un arriate de alelíes rojos y otra vez los álamos rumorosos de hojas plateadas. Mira Mambruno al cielo, a las nubes, dóciles, blancas, vaporosas, que el otoño con su dedo invisible pinta allá y acá. Es un lugar para pensar, aquí el alma se abre a la amplitud, al bosquejo final, hacia un revuelo de pájaros.

Mambruno se sienta en un banco, y pensativo, se acuerda de su Jerez natal, siempre blanco y lleno de luz; todo cal y sol, caldea en el recuerdo, al mambrunesco corazón; ve con los ojos del alma sus calles anchas y encaladas, trasminando a jazmín, en el atardecer, calles con na-

ránjos en flor, plazas con palmeras, plazoletas con fragancia a damas de noche, al anochecer. Cielo estrellado y alegres alamedas con rondas cantarinas de niños. Reino de la alegría, bullicio y sol. Mambruno se acuerda que entonces en el Jerez de su adolescencia, su lugar dilecto, era el Camino de los Eucaliptos Gigantes. Camino umbroso, lleno de un rumor de hojas, se avenía con el romanticismo del alma mambrunesca, aún temblorosa.

Ahora, tal vez, esta Avenida de los Alamos Plateados, con sus luces y sombras adelgazándose hacia un sendero otoñal, orillado de árboles, troncos lamidos por un agua azul, trémula por un oscuro mover de hojas; esta avenida, tan cerca del convivir humano, tan plena de dorado zumo otoñal, cuadra bien con este hombre maduro, que es Mambruno ahora.

9 OCTUBRE

En automóvil hacia Salas. Corre entre chopos aún verdes. Empiezan a surgir las llanadas, alcores y recuestos de estas ásperas tierras de Lara. Tierras rojas, tierras sombrías e impresionantes, tierras de romancero. Mambruno imagina que por estas tierras sombrías, rojas de venganza, aún yerran las siete sombras decapitadas de los siete infantes de Lara. De pronto, la peña morada de Carazo. Al pasar por Hortigüela deslumbra la visión de unos chopos amarillos como llamas espiritualizando la hosquedad de estas tierras y poniendo en ellas como un temblor aéreo, de infinita poesía.

Ya se divisan los tejados rojos de Salas de los Infantes. Facilita la entrada a la ciudad un puente con chopos altos y amarillos en ambas márgenes. Corre el agua del río y las hojas de la chopera se reflejan en un espejo verdi-amarillo.

La ciudad de Salas es limpia, recoleta; las calles anchas y con verdes arbolillos. Ciudad muy de Castilla, con nubes y ventarrón, y escarcha siempre, de esta Castilla, piedra angular de España.

16 OCTUBRE

Mambruno ha llegado a Lerma con varios amigos en automóvil; hace sol pero la mañana es bien fría. Se divisa el palacio ducal, sus torres altas y los muros rodeados de chopos amarillos. Lerma es uno de los pueblos más armónicos de Castilla, por no decir de España. Lerma es toda armonía, música arquitectónica, ritmo pintoresco. Es sumamente difícil hallar un conjunto monumental y urbano tan homogéneo, tan a unísono, en su ritmo artístico, como el de Lerma. Entra Mambruno en Lerma por una puerta arqueada, con dos torreones. La piedra maciza y amarilla le da

cómo un aire medieval de fortaleza. Hacia la izquierda, flanqueada la entrada asciende la calle del Reventón. Hay en ella una casa con porche, y en una ventana, macetas con geranios rojos. De pronto, un ángulo de sombra y surge una casa con balcones verdes, hacia el centro la mole rojiza de un convento. Somborean la piedra conventual unos arbolitos con hojas verdi-amarillas. Se alza la alta espadaña del convento hacia la calle Mayor que serpentea airosa y vital. Mambruno y sus amigos vagan al azar por las calles de Lerma. Así la calle del Barquillo, la plaza del Mercado Viejo y una plazoletilla que Mambruno denomina del Cacique. En Lerma, casi siempre debe haber uno, el de turno. Subimos o descendemos por las calles en cuestras de Lerma. Irrumpe instantánea una calleja con muros rojos y desconchados, un letrero negro dice en la pared, «Fonda Fidela» y una madera hincada en la puerta de una casa, anuncia con letras grandes y negras: «Fonda Celedonia».

Pero lo más asombroso de Lerma es la plaza ducal. Cuadrada, enorme, toda empedrada, con una larga hilera de porches sosteniendo un muro y un balconaje con un gusto exacto y delicado. Preside la plaza el palacio ducal, una de las muestras más representativas de un edificio civil en el siglo XII. Con sus dos escudos y sus herrajes y neta geometría arquitectónica, efunde una severa belleza de sus piedras. Contrasta tanto exorno y altivez con aquella otra cara de la España de entonces, también depredación y negra miseria. Bien caído el polvo del olvido, ahora el palacio es telar, resuena en sus muros interiores la canción del trabajo, y sólo es ya espuma del río la frivolidad injusta de tanto noble, que no labraron sino su propia grandeza. Dentro de la Colegiata, la estatua del de Lerma, tallada en bronce frío, orante y sumisa, nos edifica poco, aunque toda su vida fuera sobremanera edificante como nos lo revelan tantos edificios.

Lo que Mambruno prefiere de Lerma es su paisaje. Mirado desde Los Arcos, este paisaje no tiene par en hermosura. Tal vez ningún otro refleje tan amplia y silenciosamente la inmensa serenidad del campo de Castilla. Bravíamente bajan los olmos como en alud por una ladera como cortada en abismo y por donde se despeñaban a los toros bravos después de celebrada la corrida en la plaza ducal. Prorrumpan los olmos en ringle-ras hispídas y ariscas hacia el Arlanza, río de aguas ocreas, que fluye abajo entre las trémulas amarilleces de los chopos. Azulean las montañas y vibran sombras amarillas. Ondulada, y de un celeste translúcido, se alza la sierra de la Demanda. Más cerca, la mancha morada de los viñedos, la sombra azul de los pinares, el amarillo de los chopos y el verdor de los campos de remolachas. Encima, en un cielo de un suave azul, nubes blancas, gloriosas, y, de golpe, la mirada de Mambruno advierte el temblor oculto de unos alamillos de plata.

Al salir de Lerma, aún lleva Mambruno en la mirada la visión otoñal de toda la ribera del Arlanza festoneada de chopos amarillos.

JUAN RUIZ PEÑA